





11975

Borges en pantuflas

Frente al monstruo literario, el hombre

182671

El libro *Borges a contraluz*, de Estela Canto, debería haberse llamado más bien *"El genio en pantuflas"* si este título no fuera tan definitivamente malo. Porque se trata de eso: de mostrarnos a un escritor —y nada menos que al milificado Jorge Luis Borges— sin su coraza, sin su máscara protectora, sino como un simple ser humano.

Por desgracia esta actitud resiente al lector y hasta al crítico, porque aun cuando uno como otro ven desde un nivel diferente, ambos tienden a idealizarlo.

Estela Canto nos da la fecha exacta de su encuentro con Borges: un agosto bonaerense de 1944. Tuvo con él una relación de novia, amiga, compañera? Indudablemente las palabras de hoy son elusivas para definir una relación de pareja en los años 40, pero el caso es que en su época también debía ser *sui generis*. Borges asiste al grupo de escritores que se reúnan donde los Bloy Casares —Adolfo y Silvina Ocampo— y un día, por coincidencia, se encuentran en el *hall* cuando se despedían. Esta circunstancia hizo que él no sólo le dirigiera la palabra, sino que la invitara a tomar la dirección de la estación del metro o *subte*. Luego él le sugirió que caminaran varias cuadras hasta que amaneció. Esto se repitió, y en un par de meses estos paseos se habían hecho imprescindibles para la pareja.

Lo que resulta desmitificador es que ella nos confiesa que a pesar de su admiración por su talento (Borges todavía no tenía una fama tan cimentada) no lo amaba. Hasta discrepaba de él en muchos de sus gustos literarios. Pero para el

admirador de la personalidad de Borges esto resulta difícil de admitir, ¿cómo puede una joven no caer de rodillas ante una estatua viviente con pedestal? Pues bien, ella sentía una gran amistad y hasta accedía y le insinuaba relaciones íntimas, pero por extrañas razones (se ahude a su filiación a una causa esotérica que exigía la abstinencia sexual) él se inhibía y prefería someterse a las convenciones sociales y esperar, quizás, el matrimonio, aunque sobre esto tampoco fue insistente. Ella le reprochaba que para un artista de su talento, esa sumisión a los valores y a la moral de la clase media son inadmisibles, y no se resigna a que un hombre de más de 40 años se someta tanto a su madre. (La llamaba a media noche de cualquier confitería —Borges siempre tomaba leche— para decirle que no iba a demorarse).

La pasión desata en él y en su obra literaria una dramática influencia que se refleja sobre todo en una serie de cartas atorrosas, de emotivos tránsitos, donde apreciamos el sello del gran escritor. A Estela Canto dedica nada menos que *El Aleph*, obra concebida a finales de los años 40 y, en opinión de algunos entendidos, su mejor período creativo.

UN TIMIDO CONFERENCISTA

Resulta revelador, al menos para una franja de entusiastas de la obra de Borges, su asociación con el psicoanálisis. Nunca lo habíamos sospechado. Se nos dice que en esa época Borges tartamudeaba y frente al público no dominaba su timidez, y que gracias al tratamiento y a la terapia logró menguar esos síndromes e iniciar una exitosa carrera como conferencista logrando calar en su relación con el público. Decidió después romper con la terapia pues, con razón, temía racimular todo su mundo interior, espantar a sus demonios; éstos rechazaron la intrusión para dejar este legado intacto.

Ella lo ve a diario y muchas veces le discute —no tanto sus argumentos— con un celo femenino que salvaguarda, ante todo, su identidad. A veces ella resulta irritante. En una ocasión le critica a Borges estos versos:

*Dicen que Ulises, harto de prodigios,
Lloró de amor al divisar su Itaca.*

Lejos de dejarse seducir por la romántica evocación, le comprueba que el texto homérico habla de que Ulises fue tirado a la playa por una tempestad y que, al despertar, no sabía dónde estaba, por lo tanto no podía divisar emocionado a su Itaca. Ella tiene razón, pero en la poesía no siempre dos y dos son cuatro.

Más frontal resulta criticando el mecanismo de ciertos personajes o actitudes borgesianas. Sus compadritos y enchilleros eran un anhelo de sentirse ligada a algo de patria, más por decisión que por geografía. Como un imperativo. Según Canto, él tenía una formación totalmente europea y su actitud hacia el gancho, al cuchillero, obedecían a influencias de niña Leonor, su madre, que reclamaba más genuinamente esa herencia.

Estela le reprocha a ese mundo épico escuelas de machismo, el además resuelto del macho que emplea el cuchillo como una autoafirmación: los tangos gardelianos, le resultan demasiado urbanos y llenos de una reprochable actitud de autocompasión.

En 1955 Borges pierde la vista casi totalmente y, en ese mismo año, cae el peronismo. Aunque ya la relación había pasado de amorosa a amistosa, enfrenta una crisis. Ambos habían sido antiperonistas, pero Borges persiste en esa actitud, en tanto que ella, como muchos de su generación, busca la coyuntura política que aglutine a una izquierda que trata de sacarle partido al fervor popular del peronismo. Se distancian.

Sólo al final renace el llamado de la amistad, ya que la crisis política se ha clarificado y ahora a él lo aborrecen la fama y el éxito, sus libros son aclamados y es solicitado como conferencista; esto hace que ella con los años se vuelva menos crítica de su obra y más indulgente con su persona; al menos si no lo dice, el lector lo siente. Es más comprensiva y hasta consejera y confidente de sus nuevos amores. Curioso.

En todo caso es un libro revelador, que se desgarran entre la realidad que nos propone la autora y nuestra proyección al mito. (José Stevenson). ■

Borges en pantuflas [artículo] José Stevenson.

AUTORÍA

Stevenson, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Borges en pantuflas [artículo] José Stevenson.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile